

Al cuerpo virginal de la doncella,
 Y por primera vez en él posándolas,
 Hallóla fria y concibióla muerta.
 Al contacto glacial del cuerpo exánime
 Y al comprender la realidad funesta,
 Cual de sulfúrea exhalacion tocado
 Por el fulgor y conmocion eléctrica,
 Se trastornó su sér: desparramáronse
 Por su cerebro herido sus ideas,
 Crispáronse sus nervios, extraviadas
 Reverberaron sus pupilas negras,
 Convulsiva tension desencajóle
 La descompuesta fáz, y de la hueca
 Cavidad de su pecho desprendióse
 Ronco estertor de carcajada histérica.
 Contemplóle el doctor, cambiando al punto
 De su semblante la expresion severa.
 En curiosa primero, en asombrada
 Despues, y al fin en compasiva y tierna,
 Y dió un paso hácia él: mas esquivándole
 Como quien cree pisar una culebra,
 Dando el macebo un salto y la baranda
 Asiendo del balcon, lanzóse fuera.
 Corrió el viejo á tenerle: mas ya el mozo,
 Cuando él llegó al balcon, tocaba en tierra,
 Y solo pudo contemplarle atónito
 Desatinado huir por la pradera.

CAPITULO III.

I.

Tres meses han transcurrido:
 La casita del Doctor
 Tan alegre antes, tan llena
 De flores, de luz y s'ón,
 Está respirando duelo;
 Habitan en su interior
 La soledad y el silencio:
 No hallan el aire ni el sol
 Por sus cerrados balcones
 Paso: no queda una flor
 En las incultas macetas
 Que retirar se olvidó
 De ellos; trabajan su tela
 En el ángulo exterior
 De sus marcos las arañas;
 Ecsala en fin la mansion
 Del doctor no sé qué ambiente
 De tristeza, qué vapor
 De misterio, que comienza
 De su triste habitacion
 A hacer para la comarca
 Un objeto de pavor.

Ante esta falta absoluta
 De movimiento y de voz,
 De aquella casa dijeran
 Que la vida se ausentó.
 Y como solo de noche
 Y en los cuartos que el doctor
 Habita en el piso bajo,
 Se vé luz hasta que Dios
 Ahoga su fulgor mezquino
 De su faz con el fulgor,
 Parece que aquella casa
 Se ha convertido en panteon
 Dó un melancólico genio
 Lloro un oculto dolor,
 En vez del genio benéfico
 Que otro tiempo la habitó.
 Ya no encuentra el campesino
 Al volverse á la oracion
 A sus hogares á Rosa
 Sentada en el mirador,
 Cuya sonrisa pagaba
 Su tosca salutacion;
 Ni el mendigo vagabundo,
 Ni el ciego errante cantor
 De romances, ni el santero
 Postulante á su balcon
 Se paran á bendecir
 El rostro consolador
 De aquel ángel generoso,

Que cual blanca aparicion
 Salia el paso á atajarles
 Con su sonrisa de amor,
 Sus palabras de consuelo,
 Y su generoso dón.
 Ya no tiene aquella casa
 Aquel risueño exterior
 De las casas en que moran,
 Cual flores en un jarron,
 La juventud, la belleza,
 La alegría y el amor;
 Cuatro esencias que no pueden
 Sugetarse á tal presion
 Que de sí no desparramen
 Su perfume en derredor.
 La Rosa que vegetaba
 Como en chinesco tazon
 En esta blanca casita
 Sus hojas no abre ya al sol:
 Y el vaso vacío de ella
 Todo su encanto perdió.
 Ahora se vé solamente
 Al anciano servidor
 Del médico á los que vienen
 Introducir al salon
 Del piso bajo, en que sigue
 Caritativo el doctor
 Dando al dolor medicinas
 Y consuelo á la aficcion;

Mas ya no sale de casa:
 Y aunque hace él correr la voz
 De que allí preso le tiene
 Una morbosa afeccion,
 Se vé en su torbo semblante
 Y en su atrabiliario humor
 Que el mal de que está atacado
 Reside en su corazon.
 Hondo pesar se le roe
 Y continuo torcedor
 Se le atormenta ¿quién sabe
 Lo que sus tormentos son?
 Estraña inquietud le agita
 ¿Espera ó teme? El rumor
 Del misterio que hay de Rosa
 En la desaparicion
 Cunde, y ya habla mucho de ella
 El vulgo murmurador.
 ¿Y quién no lleva curiosos
 Sinó enemigos en pós?
 ¿Y quién sabe lo que minan
 Del hombre sábio el honor
 La curiosidad ociosa,
 La envidia y la emulacion?
 Alguno que vió á D. Carlos,
 Tal vez su vuelta observó
 Que coincide de Rosa
 Con la desaparicion;
 Que reina al par desde entonces

Un misterio acusador
 En la casita del médico
 Y en la torre del Baron:
 Que el mozo está enamorado,
 Goza en la corte favor,
 Y es tan audaz como Rosa
 Es constante en su pasion:
 Y que atropelló, pues todo
 Lo atropella un grande amor,
 La voluntad de sus padres
 La voluntad de los dos.
 Otros suponen al médico
 De un carácter tan feroz,
 Tan celoso de su Rosa
 Y de tal resolucion,
 Que si él los ha sorprendido
 Habrá sido en su furor
 Capaz de matarlos á ambos:
 Y se afirma esta opinion
 Tanto mas cuanto que dicen
 Los médicos, que el doctor
 De los mas fuertes venenos
 Posée una gran coleccion,
 Y que como allá entre idólatras
 La medicina aprendió,
 Sus drogas solo son filtros
 En cuya composicion,
 Además de las sustancias
 Ponzofiosas que él le dió

A conocer, entra el diablo
 De sus drogas inventor.
 Y así en tres meses el viento
 Vil de la murmuracion
 El polvo de la calumnia
 De tal modo levantó,
 Que anduvieron los anónimos
 Revoloteando en monton,
 Comenzó el vulgo á estraviarse,
 Y en enquina comenzó
 A tornarse contra el médico
 Lo que antes fué estimacion
 Y gratitud á su ciencia,
 Con cuyas drogas sanó
 El ingrato que ahora juzga
 Que es un envenenador,
 Empírico y charlatan
 Quien se las administró.
 Y esta opinion amparada
 Por la ruin supersticion
 Fué tomando tanto vuelo,
 Que hubo al fin quien estimó
 Necesario dar con ella
 En la santa inquisicion.
 ¡Así siempre la ignorancia
 Juzga al hombre superior!
 Y así pasaron tres meses,
 Durante los cuales no
 Se dieron por entendidos

Castellano ni doctor
 De las fábulas que inventa
 La vulgar suposicion,
 Ni de los viles anónimos
 Que al aire la envidia echó,
 Ni del polvo que levanta
 El viento calumniador,
 Y el acecho en que contra ambos
 Está ya la inquisicion.
 Si oyen, si ven y si saben
 Lo que pasa en su redor,
 Lo disimulan; y el uno
 Como pájaro sin voz
 Encaramado en su torre,
 Y el otro como un tejon
 Enterrado en su casita,
 Siguen, sin dar exterior
 Señal de cambio en costumbres,
 El médico y el baron.

II.

Y una mañana en que el médico
 Con el sol que se elevaba
 La campiña contemplaba
 De su vidriera á través,
 Vió al baron que por su senda
 Se adelantaba renqueando,
 Con un baston ayudando
 Sus entorpecidos piés.

Frunció el doctor un instante
 Al percibirle las cejas,
 Pues pesadumbres añejas
 Renueva en su corazon
 Su presencia; mas resuelto
 Con decoro á recibirle,
 Fué él mismo la puerta á abrirle
 Cuando asió de su aldabon.

Llamado por él un dia,
 Pudo en su propio castillo
 Del baron la altanería
 Afrontar con altivez:
 Mas hoy que él viene á su casa
 A pesar de lo pasado,
 Se la va á abrir de buen grado
 Olvidándolo á su vez.

Apenas tocó el anciano
 En el umbral de su puerta,
 Por el doctor la vió abierta
 Ante sí de par en par;
 Quedóse el baron suspenso
 En el umbral un instante,
 Como quien aun adelante
 Duda si debe pasar.

El doctor, con el aplomo
 De un hombre al mundo avezado,
 Ni halagüeño ni estirado,
 Tono en que hablar esperó:
 Y el baron, que ve y comprende
 Que el doctor no abre su boca
 Porque á él comenzar le toca,
 Así el diálogo entabló:

- BARON. Al fin tengo yo el primero
Que ser: mas veis que en reparos
No ando, y yo mismo á buscaros
Vengo: conque ¿cómo va,
Doctor?
- DOCTOR. —No tambien como antes,
Señor baron, pues se pasa
Mala vida en una casa
Donde no hay mugeres ya.
- BARON. —¿Cómo, doctor! ¿vuestra hija. . . . ?
- DOCTOR. —Partió el dia que D. Carlos
Vino; fuerza separarlos
Era ¿no tuve razon?
- BARON. —¡Ay de mí! Doctor, sin miedo
Podeis ya tenerla en casa.
¡Pobre Carlos!
- DOCTOR. —¿Qué le pasa
Que así os aflige, baron?
- BARON. —Pues ¿no sabeis. . . . ?
- DOCTOR. —Nada; pero
Entremos, baron, si os place
A mi aposento, que hace
Aquí mal aire.
- BARON. —Es verdad:
Mas tengo ida la cabeza
Y hasta olvidé donde estaba.
- DOCTOR. —Pasad pues: yo voy la aldaba
A correr.
- BARON. —Id.
- DOCTOR. —Dispensad.

- Metióse el baron renqueando
Del doctor al aposento,
Y en un sillón tomó asiento
Mientras cerraba el doctor;
Este á muy poco siguiéndole
En otro sillón sentóse,
Y entre los dos anudóse
La plática en tal tenor.
- DOCTOR. —Hablad, baron ¿qué tenemos?
Porque, sin temor de errar,
Jurara que algún pesar
Hay que os pone á los extremos.
- BARON. —Uno muy grande, doctor;
Y aunque con rubor lo diga,
A acudir á vos me obliga
Para pedir os favor.
- DOCTOR. —Baron, otro en mi lugar
Viera este punto propicio
Grande valor al servicio
Que me pedís para dar;
Mas no importa qué razon
Os obligue á mí á acudir,
Si en algo os puedo servir
Contad conmigo, baron.
- BARON. —A deciros la verdad,
Doctor, trás de lo pasado,
Conmigo os creí enojado;
Mas la generosidad
Conque os brindais á servirme. . . .

DOCTOR. —Lo que pasó ya se fué:
Tengo mal génio, y á fé
Que quisiera correjirme.
Vos no le teneis tampoco
Mucho mejor; mas ¡por Dios,
Que si lo olvidaisdes vos,
Lo pasado importa poco!
Y pues hoy á mí acudís,
Baron, no volvamos mas
Nuestros ojos hácia atrás,
Y decidme á qué venís.

BARON. —De vos me vengo á amparar,
Fiado en que en un mal sério,
Favor vuestro ministerio
Nunca me ha de rehusar.
Doctor, mi última esperanza
Sois vos; pues no os negaré
Que el último á quien llegué
Sois.

DOCTOR. —Pues bien, mas confianza
Para daros, en conciencia
Y antes que os oiga, os haré
La esposicion de mi fé,
De mi conducta y mi ciencia;
Pues quiero que penetreis
Las opiniones que abrigo,
Para que nunca ignoreis
A qué ateneros conmigo.
Baron, yo hé estudiado el mundo:
Y aunque poco en su virtud

Creo, y en su gratitud
Nada, obro con profundo
Convencimiento y el bien
Hago con fé y por bondad,
Con cristiana caridad,
Y no por lo que me dén.
Por eso jamás me pico
Por obtener preferencia
Sobre nádie: obro en conciencia
Con el pobre y con el rico.
Si una vez no me pagaron
Los que una vez asistí,
Siempre á asistirles volví
Cuando otra vez me llamaron.
Si alguno se aconsejó
De otros médicos primero,
No por llamarme el postrero
Dejé de ausiliarle yó.
Querer quitar el derecho
Al enfermo de elegir
Con quien sanar ó morir
A su gusto, es muy mal hecho.
Yo en mi ciencia profesor,
Para todos por igual
La profeso, y cada cual
Viene á mí cuando mejor
Le cuadra; antes ó despues
De otros: cuando ausilio exige
Se le doy; no me dirige
Ni soberbia, ni interés.

Yo á ninguno me antepongo:
 Quien despues de otro á mí viene,
 Bien hace; y siempre supongo
 Que quien no paga no tiene.
 Y en fin, os diré, baron,
 Una opinion y os la digo
 Aunque puede dar conmigo
 Un dia en la inquisicion.
 Mientras que sea un oficio
 Nuestra noble profesion,
 Y empleo y no vocacion
 El religioso servicio:
 Mientras que la sociedad
 De un modo mejor no dote
 Al sábio y al sacerdote
 En pró de la humanidad,
 Ni habrá caridad cristiana
 Ni ciencia, ni religion,
 Y la civilizacion
 Será una palabra vana.
 Pues llamarse *sér humano*,
 Plantear una sociedad
 Basada en la caridad
 Y apellidarse cristiano,
 Para decir á su hermano
 En su última enfermedad:
 "Yo no te curo tus llagas
 Si no me pagas primero"
 O "sepultarte no quiero
 "Si tu entierro no me pagas,"

Me parece á mí una mofa
 De la humanidad entera,
 Una impudencia grosera
 Y una fé de mala estofa.
 Quién esto al mundo le espete
 Cara á cara, en un encierro
 Vendrá á morir como perro
 Como cinco y dos son siete;
 Pero es la pura verdad,
 Y no hay quien me la levante
 Aunque de uñas se me plante
 Todita la cristiandad.
 Yo sé que es justo que viva
 De su oficio cada cual,
 Y paga legal reciba
 El trabajo personal;
 Mas de todo en la nociva
 Aplicacion está el mal,
 Que nunca el bien es legal
 Si en el mal ageno estriba.
 Pues del mundo á la concordia
 Mas que leyes infinitas,
 Contribuyen las benditas
 Obras de misericordia:
 Y aquel que las considera
 Cual leyes obligatorias,
 Ese hace obras meritorias
 Y tiene fé verdadera.
 Mas bien hace un buen ejemplo
 Que la mas brillante homilia:

Pues se alberga en la familia
 La virtud mas que en el templo.
 Yo sé que esta opinion mia
 Y la creencia en que la fundo
 Ha de rechazar el mundo
 Muchos siglos todavia;
 Sé que no hay gobierno actual
 Que predicarla me deje,
 Sin que me tache de hereje
 Todo humano tribunal:
 Porque en todo está enlazado
 El vil interés, de modo
 Que nada ser reformado
 Puede sin herirlo todo;
 Y por eso sé, baron,
 Que estas opiniones mias
 Insensatas teorías
 De un loco nada mas son:
 Y que me costara caro
 Decirlas mas que á un amigo:
 Por eso á vos os las digo:
 Pues yo soy un hombre raro,
 Baron, un hombre salvaje
 Criado en salvaje tierra,
 Que de entre bárbaros traje
 La opinion que en mí se encierra.
 Y como yo no he de hacer
 Ir al mundo de otro modo,
 Lo dejo á su gusto ir todo;
 Mas hé aquí mi parecer:

Jesu-Cristo es el mas grande
 Legislador: no hay tirano
 Que, con su ley en la mano,
 Bien en la tierra no mande.
 Su ley es la mas perfecta,
 Es la ley de la igualdad
 Y de la fraternidad,
 Que al hombre cual es acepta
 Bajo de su patrocinio:
 Cuyos sencillos preceptos
 Van al par con los afectos
 Del alma y el raciocinio.
 Yo tengo esta conviccion:
 No hay república ni hay rey
 Capaz de hacer mejor ley
 Que la de Cristo, baron.
 Y el evangelio es la mia:
 Y yo mi fé nunca vendo
 Ni mi ciencia, porque entiendo
 Que Cristo no las vendia.
 Tál creo, y tál viviré:
 Y si el mundo me combate,
 Por mucho que me maltrate,
 Siempre lo preciso habré:
 Pues no me podrá quitar
 Ni fé en Dios con que vivir,
 Ni alma en que alzarle un altar,
 Ni aire con que respirar,
 Ni tierra donde morir.
 Ya os abrí mi corazon;

Yo obro conforme á mi fé
 ¿Pensais que me ofenderé
 De nada con vos, baron?
 Tálsoy: veis que os hablo en plata:
 Pues me conoceis, juzgad
 Si os serviré; conque hablad
 Ahora vos. ¿De qué se trata?

Dijo el doctor y de oírle
 Quedar viendo estupefacto
 Al baron, tuvo en el acto
 El médico que añadirle:
 Pernonad baron: todo esto
 No tiene aquí que ver nada:
 Yo os he echado esta andanada
 Por poneros manifiesto
 Mi corazon: por mostraros
 Que en él no hay resentimiento
 Por lo pasado, y aliento
 Al presente para daros.
 A mí nada hay que me ofenda
 Ni que me espante, baron:
 Nada que en la condicion
 De los hombres me sorprenda.
 Os dije lo que me vino
 Primero á la lengua, vos
 Tomadlo cual es, y Dios
 Me perdone el desatino.
 Conque entremos en materia:
 Hablad.

BARON.

—Mi hijo está demente

Rematado: es evidente,

Doctor.

DOCTOR. —Pues la cosa es seria.

BARON. —Yo os ruego que le veais.

DOCTOR. —¡Y toma si le veré!

BARON. —Como os empeñeis yo sé
 Que sanará.

DOCTOR. —No os hagais

De esos males ilusion:
 La mayor parte no tienen
 Remedio, y más si provienen
 De factura ó de lesion
 En el cráneo. ¿Ha recibido
 Algun golpe?

BARON. —No se sabe:

No hay quien de él nada recabe.
 Desde que á casa ha venido
 De nadie se deja ver,
 Ninguno le puede hablar
 Ni en su habitacion entrar.

DOCTOR. —¡Diablo! pues hay que poder.

Vamos despacio, baron;
 Contadme punto por punto
 Los de su mal, que es asunto
 Que requiere esplicacion.

BARON. —Pues oid. Dejando el coche

En no sé qué lugarcillo,
 A la puerta del castillo
 Se presentó á media noche;
 Y en ella á dar comenzó